

Dr. Plácido Domingo,
Sra. Defensora del Pueblo,
Sr. Alcalde de Salamanca
Sr. Delegado del Gobierno en Castilla y León,
Sr. Secretario General de Universidades
Sr. Director del Instituto Cervantes,
Distinguidas autoridades civiles, militares y policiales que nos acompañan,
Sr. Rector Magnífico de la Universidad de Murcia, vicerrectores, vicerrectoras,
secretarías generales de la Universidad de Salamanca y de otras universidades, y
anteriores rectores del Estudio, en quienes saludo a las autoridades académicas
presentes en el acto,
Dr. José Máximo Leza Cruz, padrino del doctorando,
Compañeros y compañeras de la comunidad universitaria, distinguidos
representantes de instituciones y empresas colaboradoras con la Universidad,
Señoras y señores,

La relación que la Universidad de Salamanca mantiene con la música se remonta casi a sus orígenes: tan solo 36 años después de su constitución como Estudio General en el 1218, Alfonso X el Sabio la dotó de una de las primeras cátedras de música creadas en el mundo. Esta cátedra perduró a lo largo de los siglos desapareciendo en el XVIII para recuperarse de nuevo ya en el siglo XX. Dentro de esa antigua tradición, hoy incorporamos a nuestro claustro a Plácido Domingo por sus extraordinarios méritos musicales, por haber encarnado como pocos el hálito de vida que revelan y transmiten la música y el canto.

Cuando empecé a preparar mis palabras para este acto de admisión, pronto vino a mi cabeza un pasaje del Génesis. Es ese pasaje en el que Dios crea al hombre “del polvo de la tierra” y luego sopla en su nariz para transmitirle el aliento de la vida. Me pareció que esta separación, entre el acto creador de la configuración del hombre y el acto de la transmisión de la vida, representa metafóricamente con mucho acierto la forma en que la música se manifiesta, alcanza a ser, viene a la vida. Y además, felizmente, la metáfora no sabría ajustarse más al canto pues se identifica la vida con la respiración, el aliento, como tantas lenguas han hecho. Así, tanto en griego como en latín utilizan una sola palabra, el griego *pneuma* y el latín *spiritus*, para nombrar la respiración y también el alma ¿Y no es acaso la respiración la materia prima de la que nace el canto? ¿Y no es acaso la manifestación del alma el objeto mismo de todo arte?

Decía Rostropovich que el primer impulso que uno siente ante la música es cantar y que, como él no tenía buena voz, eligió el violonchelo por ser el instrumento cuyo registro estaba más cercano a la voz del hombre. Probablemente ese impulso de cantar tenga que ver con el hecho de que lo percibimos como pura manifestación de la vida y por ello los cantantes son una clase especial entre los músicos y despiertan una admiración y un apasionamiento como ningún otro músico. El canto es aliento, es la vida que se manifiesta y, por tanto, humanidad. El hombre es un ser irreplicable y por eso valoramos a cada persona; pero el cantante, en cuanto músico, es irreplicable en un doble sentido. Plácido Domingo es también un lutier de sí mismo: una parte de sus incontables méritos es la de haber ido construyendo y afinando día tras día ese Stradivarius suyo que nadie más puede hacer sonar y que nunca podrá verse en una casa de subastas. Esa es la doble irreplicabilidad del cantante, eso es lo que lo hace doblemente único.

¿Cómo se convirtió Plácido Domingo es un extraordinario tenor? (hay quien dice que el mejor de la historia¹ y yo no sabría contradecirles), ¿por qué brilla ahora como un extraordinario barítono, que nos ha regalado uno de los mejores Condes Luna en “*Il Trovatore*”? ¿de dónde sale su extraordinaria capacidad como director y formador de jóvenes músicos, su mecenazgo, su ánimo benefactor?. “*Gli enigmi sono tre, una è la vita*”, como opone el enamorado Calaf a la funesta amenaza de la gélida y cruel Turandot. Una es la vida, sí, un vida rica, plena; podríamos encontrar tantos motivos para elogiar a Plácido Domingo que tendríamos que concluir como Josep Carreras, quien en una entrevista² aseguró que no cree que exista un único Plácido Domingo sino dos o tres porque no es posible que una sola persona pueda ser tan excepcional en tantos ámbitos diferentes.

Ya he dicho que los cantantes despiertan como ningún otro músico la admiración del público y la enorme acumulación de méritos de Plácido nos hacen pensar que lo tiene todo para ser un divo. Curiosa palabra que durante algún tiempo se reservó casi exclusivamente a los cantantes de ópera y en su origen, en la antigua Roma, a quienes se consideraba de origen divino. Considerando lo uno y lo otro confieso que estuve tentado de comenzar este discurso con la advertencia que en Roma se hacía a los héroes recordando a nuestro nuevo doctor que es un ser humano. Pero él parece tenerlo todo para ser un divo salvo que no tiene un ápice de lo que suele llamarse divismo, salvo, precisamente, que no necesita que nadie le recuerde que es humano. Si algo me ha llamado la atención de cuanto he leído sobre él es la coincidencia de fuentes muy diversas en una observación: Plácido Domingo dispensa el mismo respeto y la misma calidez en el trato a un joven estudiante, o a un aficionado anónimo que se le acerque, que a un jefe de estado.

¹ *BBC Music Magazine* de marzo de 2008.

² <https://www.youtube.com/watch?v=VB6S4oCtWYw> 5:25

Todo esto hace que un acto como este no sea, en absoluto, excepcional en su vida. Su caso es uno de esos, que a veces parecen raros, en los que un artista recibe el reconocimiento que merece. Ese reconocimiento se traduce en decenas de doctorados *honoris causa* o en las más importantes condecoraciones a su trabajo artístico en Gran Bretaña, Estados Unidos, Japón y tantos otros países. Y también, y eso a veces es más difícil, ha sido extraordinariamente valorado en España, con alguna sombra de polémica, hay que admitirlo, pues a algunos no ha gustado lo que otros le agradecemos, que cantará un nuevo himno deportivo para los que, como diría Javier Marías, tenemos el “corazón tan blanco”.

Volviendo a lo que es más importante, también están las condecoraciones a su altruismo como las que le otorgara su, como no me atrevo a decir segunda, diré su otra patria. Sirva como ejemplo que tanto la República Mexicana como el estado de Guerrero han premiado su generosidad en la atención a las víctimas del terremoto de 1985 y del huracán *Paulina*.

Pero aún más allá de los premios oficiales están los que da el pueblo llano, que lo ha convertido en un icono de nuestro tiempo, quizá queriendo premiar que nunca haya desdeñado las manifestaciones más populares de la música. Plácido Domingo tiene su lugar en el libro Guinness de los records con la ovación más larga de la historia arrancada a uno de los públicos más expertos como es el de Viena. También ha aparecido en series de televisión e, incluso, ha sido convertido en personaje de dibujos animados y recibido con humildad lecciones de canto de Homer Simpson. Creo que solo hay una palabra en español que sirva para retratarlo y es una que a los matemáticos no nos gusta nada admitir: Plácido Domingo es inconmensurable. Quizá lo describan mejor, con mayor sencillez y profundidad, los versos de Machado “es, en el buen sentido de la palabra, bueno”.

Sé que para usted la ópera *Manon Lescaut* es especial y quiero terminar mi discurso recordando ese final en el que Manon asegura a Des Grieux que, aunque ella muera, su amor será eterno. Doctor Plácido Domingo, quienes aquí estamos pasaremos, pero la admiración que hoy le expresamos vivirá mientras haya personas que disfruten escuchando cómo un alma da la vida a una partitura prestándole su aliento. Y sin dejar a Puccini, déjeme que robándole el alma de Calaf le diga:

“Ed il nostro applauso soglierà il silenzio che ti fa nostro”

Ese aplauso que pido a todos los presentes para usted. Gracias maestro por sus lecciones, gracias a todos por su presencia que nos honra y por su atención.